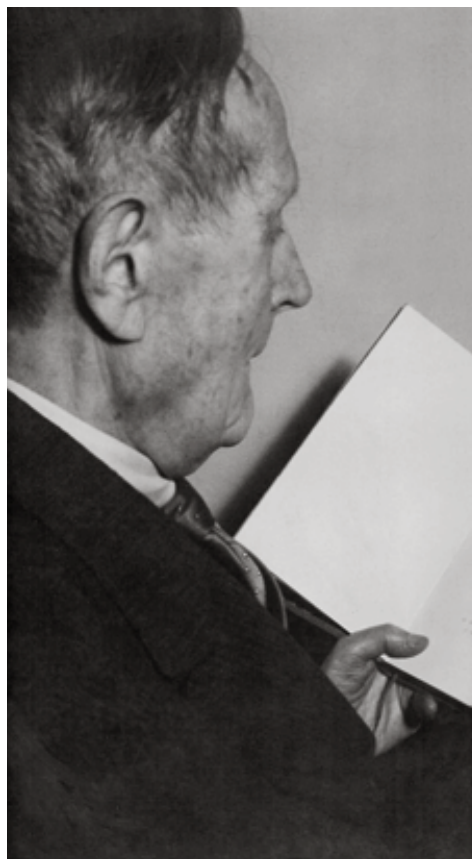


La página viva

La mujercita en la ventana

José de la Colina



Antonio Martínez Ruiz, Azorín

Vivía cerca del colegio una mujercita que nos traía sugestionados a todos: era el espíritu del pecado. Habitaba frente a un patio exterior; su casa era pequeña; estaba enjalbegada de cal, con grandes enconchaduras; no tenía piso bajo habitable; se subía al piso principal, único en la casa, por una angosta y pendiente escalerilla; arriba, en la fachada, bajo el alero del tejado, se abría una pequeña ventana. Y a esta ventana se asomaba la mujercita; nosotros, cuando salíamos a jugar al patio, no hacíamos más que mirar a esta ventana.

—¿Qué estará haciendo ahora ella? — pensábamos.

Ella, entonces, al oír nuestros bullicios, hacía su aparición misteriosa en la ventana,

y nosotros la contemplábamos desde lejos con ojos grandes y ávidos.

Nos atraía la mujercita: ya he dicho que era el espíritu del pecado. Nosotros teníamos vagas noticias de que en la ciudad había un conventículo de mujeres execrables; pero esta pecadora que vivía sola, independiente, a orillas de la carretera, allí, bajo nuestras ventanas, esta mujercita era algo portentoso e inquietante.

Y, como nos atraía tanto, al fin caíamos; es decir, yo no fui, yo era entonces uno de los pequeños, y quien fue figuraba entre los mayores. Se llamaba Cánovas; su nombre quiero que pase a la posteridad.

Se llamaba Cánovas. ¿Qué se ha hecho de este Cánovas? Cánovas fue el que se arriesgó a ir a casa de la mujercita. Aconteció esto una tarde que estábamos en el patio y se había ausentado el escolapio hebdomadario. Cánovas saltó las tapias; yo me hallaba presente cuando partió; pero le vi regresar por lo alto de una pared, pálido, emocionado y sin chaleco.

¿Por qué no traía chaleco Cánovas? Este detalle es conmovedor; me dijeron al oído que Cánovas no tenía dinero cuando fue a ver a la mujercita y que apeló al recurso de dejar allí esta sencilla y casi inútil prenda de indumentaria... Desde aquel día, tanto entre los pequeños como entre los mayores, Cánovas fue un héroe querido y respetado.

(De *Las confesiones de un pequeño filósofo*, Azorín, 1904).

Un colegio en las afueras de una pequeña ciudad de Yecla, (Murcia), unos niños y adolescentes de ojos ávidos, una casita enclavada, una ventana y una “mujercita” que a veces se asoma y que ejerce su profesión mediante el menudo cuerpo en el que, con discreción, con silencio y casi con misterio, habita “el espíritu del pecado”.

Quizá sea ésta la página más osada de un escritor tan frecuentemente sereno, tan casto, tan desapasionado, como fue Antonio Martínez Ruiz (Alicante, 1873-Madrid, 1967), quien, con su nombre de pluma en revelador diminutivo, *Azorín*, parece manifestar su estética: un tranquilo azoro ante los hechos triviales, ante las cosas cotidianas, ante la historia llana y diminuta pero de hondo asentamiento en una vida transitoria como todas. En esta página, quizás única en toda la numerosa obra azoriniana, asoman los asuntos del despertar de la sexualidad viril y de la iniciación erótica, sutilizados por la leve ternura, la leve ironía y la leve mirada lateral. Y levedad sería una palabra para etiquetar los libros de Azorín: su prosa es una delgada tela verbal a la que Italo Calvino, en sus *Seis propuestas para el próximo milenio*, bien podría haber citado en el capítulo que trata de la operación literaria de “quitar peso a las figuras humanas, a los cuerpos celestes, a las ciudades [y] a la estructura del relato y al lenguaje”. Aquí nada parece pesar, todo en el espacio y el tiempo verbales de la escritura es fluido y ligero; y sin embargo, cuánto de peso carnal, de riesgo de vulgaridad y aun de tono grosero se diría que proponía la anécdota con ese título del capítulo XXI: “Cánovas venía sin chaleco”. Pues la fina, la absorta sensibilidad de *Azorín* suele susurrar como la tenue música de “una flauta en la noche”.

En 1903 o en 1904, es decir: hace más de un siglo, *Azorín*, al terminar de escribir este libro hoy tan serenamente vivo y sin una sola arruga, dijo en el prólogo (y demos en cursivas dos de sus palabras): “yo ahora voy a poner la firma a estas cuartillll y me